

Nablu,s la historia de un nombre (III)

Padre Pedro José Ynaraja

Me parece ahora que no he dado cuenta del motivo del nombre de la población a la que me he estado refiriendo. Me he referido muchas veces al primer asentamiento: Siquem, al que volveré a referirme más tarde. También a Sebastiyeh, nombre actual de la antigua Samaría-capital. Empecé refiriéndome al pozo de Jacob, lugar del encuentro de Jesús con la mujer samaritana. Añadiré ahora que, geográficamente, el lugar se encuentra entre dos montañas: el Ebal al Norte y Garizín al sur. Recibió el nombre de Flavia Neápolis, en honor del emperador Flavio Vespasiano, de donde, con los siglos, evolucionando el lenguaje, ha llegado al actual, Nablús (o Naplusa o Naplus, que de diversas maneras lo escriben). Esta densa población pertenece a la Autoridad Palestina, pero, por diferentes razones político-religiosas, uno encuentra siempre presencia del ejército israelí, por uno u otro sitio. No únicamente custodiando la tumba del patriarca José, como ya conté otro día.

EL NÚCLEO DE LA CIUDAD

Nos interesaba hasta hace unos años, visitar en el mismo núcleo de la ciudad, la sinagoga samaritana y su peculiar Pentateuco. En su entorno, pero sin formar barrio exclusivo, vivía la comunidad. Se dijo que el valioso documento, muy meticulosamente estudiado y reproducido, había sido robado. Malas lenguas afirman que fueron ellos mismos los que lo vendieron. Esta religión, escisión de la judía, ha carecido secularmente de recursos económicos y son muy pedigüeños los clérigos, eso lo saben todos los que entran en contacto con ellos. Visité el recinto y contemple el manuscrito guardado en un estuche. Observé actos sacerdotales de degüello ritual de pollos y contribuí con el donativo correspondiente.

LA MONTAÑA SANTA

He subido más de una vez a la cima de la montaña santa, considerada así desde tiempos primitivos. Esta peculiar comunidad religiosa se cree poseedora del lugar del sacrificio de Abraham y de otros singulares sitios bíblicos, como proclaman sus letreros. En la misma cima se observan ruinas que posiblemente corresponderán a un antiguo templo, el émulo del de Jerusalén, y de una edificación cristiana, de planta octogonal como todas las primitivas. En lugar destacado están los hornos donde se introducen los corderos sacrificados, siguiendo estrictamente las normas del libro del Éxodo. En un plano inclinado está preparada una tribuna para que se pueda situar la prensa y la Tv, detalle este que orgullosamente explican siempre. He visto, y conservo copia, un reportaje muy bueno de este acto. Bueno sí, pero

desagradable a la vista. Visten los fieles túnicas blancas, que pronto se tiñen de sangre. Adultos y menores se mueven entre las víctimas y sus despojos con inmensa alegría. Los hornos verticales forrados de piedra, se calientan previamente, después, sin romper ni un hueso y empalados, se meten los animales. La cocción dura bastante tiempo, poco importa. Hay que cantar y bailotear, es Pascua. Es otra cultura, otro mundo.

EL SUMO SACERDOTE

También respira uno una atmósfera espiritual diferente cuando tiene oportunidad de visitar al Sumo Sacerdote. Vive ahora toda la comunidad samaritana concentrada en la cima, formando una pequeña o corta avenida. Nos dice el clérigo que son en aquel momento 667 miembros. La norma que hasta hace muy poco siguieron de casarse únicamente entre ellos, ha llegado a diezmarlos, además de que, su aspecto, a simple vista y sin que pretenda ser diagnóstico clínico, es, generalmente de personas enfermizas. Habían llegado a tal situación que se han abierto a las necesidades biológicas. Buena muestra de ello es que el segundo hijo de este Sumo Sacerdote, según nos cuentan, estudió en Ginebra y, vía Internet, conoció a su actual esposa, procedente de un país nórdico. Fue aceptada previa conversión religiosa, evidentemente

La estancia de este "papa" samaritano, tiene el aspecto de una mansión burguesa, limpia y elegante. Nos recibieron amablemente. Cuando sonó el móvil de la nuera, lo hizo con la melodía del "para elisa" de Beethoven. Se nos ofreció el clásico té árabe, preparado y servido por la joven. Se había añadido antes al encuentro la esposa del Sumo sacerdote. Conversamos de generalidades, puras noticias, y de historia y contenido teológico muy elemental. Le pedí que me recitara la shema y lo hizo amablemente, pero he de confesar que no sé cómo se las arregló para que fuese tan larga. La tengo grabada, pero nadie me la sabría traducir, ya que se expresó en su idioma ritual. La lengua coloquial del grupo es el árabe, pero la litúrgica se celebra en samaritano, que aparece también en lápidas e inscripciones. El encuentro fue posible gracias a las buenas relaciones que mantiene Fra Rafael, el franciscano amigo, con este personaje y con tanta otra gente, tal es su singular temperamento y vocación. Difícilmente puede un latino en viaje de estudios, conseguir un tal contacto. Las fotografías que espero acompañen el presente serán suficientemente elocuentes. Necesariamente un tal encuentro lleva a un examen de la propia Fe cristiana y lo que nos implica. Piensa uno en nuestra realidad misionera, en la disposición a compartir la riqueza espiritual con los demás. Nada de esto se respira allí. Vuelve uno al nosotros y observa que en nuestros ambientes, también ahora disminuye, por mor del respeto, comprensión, valor supremo de la propia conciencia, etc. Se vive con una comodidad espiritual que no

se gozaría si fuéramos consecuentes con el deseo del Señor “id por todo el mundo y predicad el Evangelio”.

BAJAMOS AL LLANO

Abandono el tema e imagino que bajamos al llano. Mirando el horizonte por uno y otro lado, pienso que en algún lugar de por aquí, Josué, reunida la comunidad en su entorno, hizo comprender lo que suponía pertenecer al pueblo escogido.

En Siquem, la Divinidad que había escogido el Patriarca Abraham, se le manifestó como Dios Personal, comunicable. Fue desde entonces Dios familiar. El pueblo aquí, respondiendo a la requisitoria de Josué, lo aceptó como suyo. Él sería su Dios, ellos su pueblo. La elección fue exigente, quiso dejar prueba de ello, para que le pudiera ser reclamado, el sucesor de Moisés hincó una piedra de testimonio. Me gusta tanto el episodio que lo copio a continuación para ahorrar su búsqueda.

(24,15ss) Pero, si no os parece bien servir a Yahveh, elegid hoy a quién habéis de servir, o a los dioses a quienes servían vuestros padres más allá del Río, o a los dioses de los amorreos en cuyo país habitáis ahora. Yo y mi familia serviremos a Yahveh.»

El pueblo respondió: «Lejos de nosotros abandonar a Yahveh para servir a otros dioses. Porque Yahveh nuestro Dios es el que nos hizo subir, a nosotros y a nuestros padres, de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre, y el que delante de nuestros ojos obró tan grandes señales y nos guardó por todo el camino que recorrimos y en todos los pueblos por los que pasamos. Además Yahveh expulsó delante de nosotros a todos esos pueblos y a los amorreos que habitaban en el país. También nosotros serviremos a Yahveh, porque él es nuestro Dios.»

Entonces Josué dijo al pueblo: «No podréis servir a Yahveh, porque es un Dios santo, es un Dios celoso, que no perdonará ni vuestras rebeldías ni vuestros pecados. Si abandonáis a Yahveh para servir a los dioses del extranjero, él a su vez traerá el mal sobre vosotros y acabará con vosotros, después de haberos hecho tanto bien.»

El pueblo respondió a Josué: «No; nosotros serviremos a Yahveh.» Josué dijo al pueblo: «Vosotros sois testigos contra vosotros mismos de que habéis elegido a Yahveh para servirle.»

El pueblo respondió a Josué: «No; nosotros serviremos a Yahveh.» Josué dijo al pueblo: «Vosotros sois testigos contra vosotros mismos de que habéis elegido a Yahveh para servirle.» Respondieron ellos: «¡Testigos somos!» «Entonces, apartad los dioses del extranjero que hay en medio de vosotros e inclinad vuestro corazón hacia Yahveh, Dios de Israel.» El pueblo respondió a Josué: «A Yahveh nuestro Dios serviremos y a sus voz atenderemos.»

Aquél día, Josué pactó una alianza para el pueblo; le impuso decretos y normas en Siquem. Josué escribió estas palabras en el libro de la Ley de Dios. Tomó luego una

gran piedra y la plantó allí, al pie de la encina que hay en el santuario de Yahveh. Josué dijo al todo el pueblo: «Mirad, esta piedra será testigo contra nosotros, pues ha oído todas las palabras que Yahveh ha hablado con nosotros; ella será testigo contra vosotros para que no reneguéis de vuestro Dios.» Y Josué despidió al pueblo cada uno a su heredad.